
JAMES R. WHELAN

Periodista.

Profesor visitante de este Instituto.

Agenda social y medios de comunicación

Algunos de mis comentarios podrían parecer un poco críticos —por no decir ofensivos— para los paladines de la prensa. No es mi intención ofender. Es mi intención aportar algo basado en la experiencia a un tema tan importante como es el de “la agenda social y los medios de comunicación”. De hecho, en mi muy accidentada vida, no sólo he sido periodista, y durante largos años, en diversas regiones del mundo, sino hasta editor y director de periódicos. Por cierto, al llegar a ser editor no tenía enteramente claro qué es lo que hace un editor —dilema solucionado cuando me topé con algo dicho hace tiempo por Lord Northcliffe de Fleet Street. Un editor, dijo Lord Northcliffe, es aquel que separa la paja del trigo y luego, publica la paja.

Ojalá que con eso, lo que sigue tenga un mínimo de paja y un máximo de trigo.

Voy a centrar mis comentarios en la relación entre medios sociales de comunicación y agenda social que mejor conozco, o sea, la de Estados Unidos. Son dos los motivos para ello.

El primero de ellos es una mezcla de prudencia con un intento de cortesía. Me parece no sólo mal educado, sino imprudente, venir a Chile para luego constituirme en crítico —para bien o para mal— de los medios de acá.

El segundo encierra algo de etnocentrismo. Y eso es el temor —también basado en algo de observación a lo largo de los años— que los malos hábitos, sobre todo, de los países del llamado primer mundo suelen filtrarse a los demás países.

Habiendo intentado justificar este ejercicio de afghanistismo, confieso mi intención de insinuar una que otra relación entre las manías de los medios de allá y las de acá. Afghanistanismo, entre paréntesis, era la práctica de muchos editorialistas en un pasado más sencillo, cuando el mundo era mucho más grande, más misterioso, de dedicar un editorial lleno de furia, fuego e indignación a un evento en un país totalmente desconocido para la abrumadora mayoría de sus lectores, o sea, una manera de poner en evidencia sus capacidades como centinelas en las fronteras de la justicia y la libertad humana, pero sin arriesgarse mucho.

Escojo, como el texto de mi modesto sermón, el segundo de los puntos propuestos, o sea: ¿cómo es la relación de los medios con el poder?

Entre mala y podrida, diría yo, refiriéndome, a estas primeras alturas, al contexto gringoístico.

En una sociedad democrática, son dos las misiones fundamentales de la prensa:

La primera de ellas es de informar o, como decía el estupendo James Madison, el mismo autor de la primera enmienda a la constitución norteamericana, la que garantiza la libertad de expresión: “La finalidad que busca la libertad de expresión es de asegurar al grado posible que los ciudadanos tomaran decisiones informadas sobre cuestiones públicas”.

La segunda misión es de vigilar. De las muchas citas posibles, me gusta ésta, impregnada de una decisión de la corte suprema hace unos 20 años atrás: “La prensa sirve —y fue diseñada para servir— como un poderoso antídoto contra cualquier

abuso del poder por parte de los funcionarios gubernamentales, y como una medida plasmada en la misma constitución de asegurar que los funcionarios elegidos por el pueblo se mantengan plenamente responsables frente a él”.

Encuentro que la prensa norteamericana cumple más o menos cabalmente con la primera misión, o sea, la de informar sobre los grandes temas nacionales, mucho menos cabalmente sobre los temas internacionales o los más ideologizados. Diría lo mismo, pero con ciertas reservas adicionales, en cuanto al desempeño de la prensa chilena.

Es en el área de la segunda misión —el importantísimo rol de vigilante— que encuentro los más nocivos rasgos de pudrición. Me anticiparía a los hechos comentando que, hasta ahora, no detecto esos rasgos en la labor de la prensa chilena.

El problema, a mi juicio, empieza con una doctrina de relativamente recién invención por la prensa, pero una que se va extendiendo por gran parte del mundo. Es la doctrina que afirma que la prensa es, como institución, responsable sólo ante sí misma —arrogándose a sí misma el derecho de alzarse por encima de las naciones, de las sociedades, de los gobiernos— aun cuando ellos han conferido a la prensa privilegios especiales. En este esquema, la prensa se da el lujo de ser indiferente a las consecuencias de sus actos y conductas, aduciendo que su papel es de informar y es responsabilidad de otros bregar por la seguridad o integridad de las sociedades.

¿Hay una contradicción en lo que vengo planteando —ya que reconocí desde un principio que una de las dos misiones de la prensa es la de vigilar? —la contestación, por supuesto, es que no, por razones que intentaré ofrecer a continuación.

Primero, déjenme aclarar algo importante en cuanto a cómo yo, por lo menos, veo una relación ideal de la prensa con la sociedad. Es una de la cual —sobre todo— existe una distancia social, personal y profesional entre todo lo que es el periodismo

y lo que es gobierno, y hasta cierto punto, con las otras fuentes principales de noticias, también. De paso, lamento observar que no encuentro ni dicha distancia ni una voluntad de mantenerla entre los periodistas y los gobernantes aquí en Chile.

Pero distancia no es lo mismo como pretender que la prensa ni siquiera forma parte de la sociedad, que no comparte responsabilidad con los otros actores dentro de una sociedad de luchar para que se mantengan intactas la salud social, moral y ética de la sociedad, arguyendo, para justificar su abstención, que su papel es otro.

Se manifiesta esta enfermedad de tres grandes maneras:

La Primera la calificaría de superficialidad, y guarda relación con las reservas que expresé al comentar el rol de informar de la prensa.

La Segunda es resultado directo de un exceso de celo en lo que es el periodismo investigativo la cual denominaría "La enfermedad-de-buscar-y-destrozar". Encuentro que es una enfermedad muy, pero muy peligrosa para la misma existencia de democracias sanas, y por ende, me extendería un poco más sobre ésta que sobre las otras dos.

La Tercera es la cada vez más acentuada ideologización de la prensa, manifiesta en todas partes del mundo —entre ellas, en Chile, aunque mucho menos aquí que en otros predios. No por falta de antecedentes —ni valentía— dejaría ese tema para otro día, otra conferencia, ya que es tan controvertido como abultado, para hacer mención de la primera y profundizar un poquitín la segunda.

Superficialidad. En América Latina, es un tema hartamente conocido que América Latina, menos ahora que en años anteriores, sólo hacía noticia cuando la tierra irrumpía en terremotos o los hombres en revoluciones. Hace muchos años, el Presidente Siles Suazo de Bolivia me dijo que ese comportamiento tendría un

costo muy alto para nosotros los periodistas, porque la opinión pública mundial nos asociaría cada vez más con simples buitres que se ahítan de las angustias y tragedias de la humanidad.

Escritores y pensadores tan eminentes como Alexander Solzhenitsyn y Milan Kundera o tan especializados como el compatriota mío, Roger Morris, han fustigado esa cualidad de superficialidad. Solzhenitsyn ha escrito que “la ligereza y la superficialidad son las enfermedades psíquicas del siglo veinte, y se manifiestan en la prensa, más que en cualquier otra parte”. Kundera agregaría un elemento de análisis, cuando dice “el espíritu de los medios de comunicación atenta contra el espíritu de la cultura. La cultura se basa en el individuo; los medios conducen a la uniformidad. La cultura ilumina las complejidades de la vida; los medios ejemplifican. La cultura es una pregunta interminable; los medios sólo conocen las respuestas rápidas. La cultura es la guardiana de la memoria; los medios corren tras el presente...”. Por su parte, Morris —él mismo, distinguido periodista— nos ofrece una sentencia lúgubre: “cuando pasamos revista a los errores trágicos de este último medio siglo lleno de tantos espectros —escribe él— nadie se demostrará más letal que la superficialidad substantiva, la banalidad y la irrelevancia de la mayor parte de nuestra prensa”.

Un elemento de esa superficialidad —uno ligado a nuestro próximo punto sobre “buscar-y-destrozar”— ha identificado con agudeza uno de mis ensayistas favoritos, un señor llamado Dennis Prager. Es una tendencia bastante común entre muchos de nosotros, los seres humanos, pero una que se vuelve especialmente destructiva cuando es practicada por la prensa. De acuerdo con Prager, una de las maneras más efectivas que tiene el hombre para sabotear la felicidad es mirar un hermoso bosque y fijarse en el único árbol —o la única hoja de ese árbol— que falta. Prager expresa que esta tendencia se demuestra cuando se alza la vista y se mira un techo de mosaicos y fijarse en el único mosaico que falta, permitiendo así que se arruine su visión del resto de techo.

Si esa tendencia es destructiva en la manera de que muchos

de los medios enfoquen temas importantes —sobre todo cuando estén en desacuerdo con el tema enfocado— mucho más destructiva es la perversión más profunda presente en mucho de lo que hoy en día se llama el periodismo investigativo. Ya que, con la excepción de uno que otro intento feble de la televisión y de las revistas, el periodismo investigativo en Chile apenas existe, tampoco existe en medida importante la enfermedad. Pero si lo que ha pasado en otras partes del mundo es guía, es un peligro latente para ese futuro cuando el periodismo investigativo se vuelva de moda en el país.

A la periodista Suzanne Garment —antes del *Wall Street Journal*— ha diagnosticado con brillantez la enfermedad en un libro publicado hace un par de años. En dicho libro habla de la perversión que lleva al periodismo hasta degenerar en un simple entretenimiento, un entretenimiento que exige cada vez más escándalos para alimentar los apetitos que ha creado.

El resultado es que, en muchos casos, lo único que busca ese deformado periodismo investigativo es el escándalo, la destrucción de individuos por actos que pueden o no ser inmorales —pero de ningún modo corruptos. Viene a la mente un libro de cierta notoriedad en estas latitudes, aunque reconozco acto seguido que poco tenía que ver aquél con un verdadero periodismo investigativo. Jonathan Yardley, ganador del Premio Pulitzer en mi país, ha insistido en que la importancia de este afán de persecución no puede ni debe ser subestimada.

Siguiendo con el tema, el excelente académico e investigador social Robert Lichter se ha referido a lo que apunta como “un aumento de cinismo político, de enajenación y autodesconfianza, producidos por un tipo de periodismo que pone énfasis en la crítica, el negativismo y el conflicto”. Suzanne Garment comenta que el resultado de todo esto ha sido crear hábitos políticos que hacen cada vez más difícil para los gobiernos cumplir bien con su mandato, y que hacen cada vez más probable que hombres y mujeres decentes pongan su reputación bajo el riesgo de ser

desmembrados por una prensa caníbal, si es que se atreven a ingresar al servicio político.

Al decir esto, no pretendo que la prensa deje de cumplir con la dura responsabilidad de delatar la corrupción o el abuso de la fe pública. Tampoco pretendo que la prensa aclame o halague a los gobiernos, ni menos que se convierta en un cómodo socio del poder político en una confabulación que deja a la ciudadanía —el beneficiario putativo— en la orfandad. Lo que sí pretendo es que la prensa deje de comportarse como si la sociedad, la comunidad, fueran irrelevantes a lo que los medios hacen o dejan de hacer. En una palabra, que la prensa deje de comportarse como si la única moral que reconoce es aquella que ella misma ha creado.

De no hacerlo, la erosión cada vez más marcada —cada vez más observada— en la confianza pública en la prensa pondría en peligro su misma capacidad de cumplir con lo que es una responsabilidad que no pueda atender otra institución alguna. El gran estadista Madison lo expresó con su acostumbrada claridad, en su primer borrador de lo que llegaría a ser la primera enmienda a nuestra constitución: “el pueblo no puede ser privado ni verse limitado en su derecho de expresar, de escribir o de publicar sus sentimientos. La libertad de prensa, como uno de los grandes baluartes de la libertad, será, por ende, inviolable”.

Si algo he aportado aquí hoy en día, quisiera que ese algo fuera endosar, con toda mi convicción, ese juicio de Madison en cuanto a la prensa como el gran baluarte de la libertad. Y, porque así lo creo, abogar para que la prensa, por su propia arrogancia, o por su propia ceguera, no terminara perdiendo esa franquicia tan vital para todos nosotros.

Por su paciencia, por su atención, les doy mis gracias, señoras, señores.